

(Contia ward)

Pueden pedirse sueltos.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Aunque no pretendo escribir la historia de España en este siglo, sino indicar los crímenes que el absolutismo cometió, daré algunos antecedentes, por ser necesario al objeto que me propongo, de lo que fue el hijo de Carlos IV y María Luisa antes de ocupar el trono.

Fernando fue educado por el canónigo Escobedo, hombre ambicioso, intrigante y devorado por las pasiones, cuyo sistema de educación giraba sobre estas dos ruedas: la desconfianza y el terror. Inspirado por él, que debía cuanto era a Godoy, huyó las caricias de sus padres, contribuyó a su difamación, se rodeó de sus enemigos, y pretendió, por último, asirlos a los consejos y al desprecio reales. Esto motivó la separación de Escobedo y acentuó el odio de éste hacia los reyes, comenzando entonces a formar, de acuerdo con su discípulo, un partido del príncipe de Asturias, a pretexto de contrabalancear el poder de Godoy, y haciendo al efecto una propaganda rabiosa, que dio por resultado atraerse al clero y los frailes.

El género de propaganda está expresado en estas frases de un historiador: «Las valientes pinturas de Mesalina y de Popea, quedan oscuras al lado de sus impúdicas pinturas.» Estas pinturas se referían a la Corte y a las personas de Carlos IV, María Luisa y Godoy. Carlos recibió por aquella época anónimos refiriéndole actos ignominiosos del privado, y echándole brutalmente en cara su tolerancia, lo que dio lugar dentro del matrimonio a escenas vergonzosas.

La conspiración contra Carlos IV ganaba terreno cada día y las ansias de Fernando por reinar eran mayores cada vez. Por lograrlo no perdonaba medio alguno, llegando hasta a entenderse con el embajador de Francia, y escribiendo por indicación de esta carta a Napoleón:

«Si los hombres que le rodean aquí (a Carlos IV) le dejasen conocer a fondo el carácter de V. M. como yo lo conozco, ¿con qué ansias procuraría estrechar los nudos que deben unir las dos naciones?»

Imploró con la mayor confianza la protección paternal de V. M. a fin de que, no solamente se dignase concederle el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disparar todos los obstáculos.

En tales tratos andaba, cuando fué descubierta la conspiración de Fernando contra su padre y se inició la célebre causa del Escorial. El rey dió un Manifiesto a la nación, en que decía:

«Dios, que vela sobre sus criaturas, no permite la ejecución de los hechos atroces cuando las víctimas son inocentes. Así me ha librado su Providencia de la más inaudita calostrofe.»

«La vida mía era ya una carga pesada para mi sucesor, que enagajado de todos los principios de cristianidad, había admitido un plan para destruírme.»

Tengase en cuenta que este Manifiesto se publicó atenuado ya por Godoy, a quien pareció muy ligero y empujador el que primeramente redactó Carlos IV.

A Napoleón le decía lo siguiente:

«Mi hijo primogénito, el heredero presuntivo de mi trono, había formado el horrible designio de destruírme y había llegado al extremo de atentar contra los días de su madre. Crimen tan atroz debe ser castigado con el rigor de las leyes. La que le llama a sucederme, debe ser renovada: uno de sus hermanos será más digno de reemplazarle en mi corazón y en el trono.»

De esta manera indigna se comportaban las personas que regían los destinos de España; así arrastraban por los suelos la majestad del trono, dando pretexto a Napoleón para intervenir en nuestros asuntos.

Fernando, indigno siempre, cuando fué descubierta su jugosa no vaciló en cometer la felonía de decir que le habían seducido y denunciado a sus principales partidarios, escribiendo esto a sus padres:

«Señor. Papá mío: he delinquido, he faltado a V. M. como rey y como padre, pero me arrepiento y ofrezco a V. M. la obediencia más humilde. He delatado a los culpables y pido a V. M. me perdone por haberle mentido la otra noche...»

«Señora. Mamá mía: Estoy muy arrepentido del grandísimo delito que he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor humildad le pido a V. M. se digna interceder con papá para que permitan ir a besar sus reales pies a su reconocido hijo—Fernando.»

Godoy negoció el perdón; y aunque los cómplices fueron absueltos, Carlos IV condenó al arciano de Toledo, el duque del Infantado y otros a castillos, conventos ó destierro.

A todo esto las tropas francesas, a fuer de aliadas, ya con el pretexto de apoderarse de Portugal, ya con otros varios habían entrado en España, ocupando las fortalezas de Pamplona, Barcelona y Figueras y entregándoles la misma corte la de San Sebastián.

Cuando los gobernantes quisieron protestar se les contestó trayendo nuevas tropas, que avanzaron sobre Madrid.

La corte acordó trasladarse a Andalucía, y había llegado a Aranjuez, cuando Fernando, que seguía conspirando, dispuso el motín que dió por resultado la abdicación de Carlos IV, motín a que le ayudaron los bribones y los imbéciles que le rodeaban, entre ellos el infante don Antonio, el conde de Montijo, Escobedo y otros de su laya.

La fórmula de la abdicación fué la siguiente:

«Como los achaques de que adolezco no me permiten soportar por más tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y me sea preciso para reparar mi salud gozar en clima más templado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado, después de la más seria deliberación, abdicar mi Corona en mi heredero, y mi muy caro hijo el Príncipe de Asturias. Por tanto es mi Real voluntad que sea reconocido y obedecido como Rey y Señor natural de todos mis reinos y Dominios. Y para que este mi Real Decreto de libre y espontánea abdicación, tenga su exacto y debido cumplimiento, le comunicáis al Consejo y demás a quienes corresponda. Dado en Aranjuez a diez y nueve de Marzo de mil ochocientos y ocho.—YO EL REY.—A D. Pedro Ceballos.»

Todo estuvo en aquel motín a la misma altura; la infamia de Fernando, la cobardía de Godoy y la falta de dignidad de Carlos IV al prestarse a firmar tal abdicación; la conducta de éste fué uniforme en todo, pues más que los ultrajes recibidos y la pérdida del trono le preocupó al infeliz la suerte de Godoy, amante de su mujer, y en quien deseaba sacarse el furor popular, llegando en su degradación a pedirle a su hijo que protegiese la vida del privado. Fernando hizo público alarde de la petición y del favor.

Para acabar de una vez con esto de la abdicación, diré que en el Diario de Madrid correspondiente al 12 de Mayo de 1808 se publicó esta protesta del Rey D. Carlos IV.

«Protesto y declaro que todo lo que manifesté en mi Decreto del 16 de Marzo abdicando la Corona en mi hijo, fué forzado por prevaricar mayores males y la efusión de sangre de mis queridos vasallos.—YO EL REY.—Aranjuez 21 de Marzo de 1820.»

Inmediatamente de abdicar, se dirigió Carlos IV a Napoleón en esta forma:

«No verá con indiferencia a un rey que, forzado a renunciar la corona, acude a ponerse en los brazos de un grande monarca, aliado suyo, subordinándose totalmente a la disposición del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y la de sus fieles vasallos.»

«Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias, cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacían conocer la necesidad de escoger la vida ó la muerte.»

«Yo fui forzado a renunciar, pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mío, he tomado la resolución de conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros, y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz. Dijo a V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicación.»

Fernando, por su parte, como sabía que sus padres se entendían con Napoleón y habían puesto su suerte en sus manos, quiso excederlos en servilismo y baja, y solicitó su auxilio contra ellos. Y para tenerle propicio, mandó devolver a Francia, con gran pompa y aparato en 31 de Marzo de 1808, la espada que perdiera en Pavia Francisco I. gran vergüenza que apareció publicada como una honra en la Gaceta del 5 de Abril. Escribióle además cartas humildes y lacayunas, exentas de todo sentimiento de dignidad patria y hasta personal.

A continuación inserto algunos párrafos que prueban el rebajamiento de aquella familia.

Carta de la reina María Luisa a su hijo la reina de Etruria, sobre los sucesos de Aranjuez:

«Querida hija mía: Decid al gran duque de Berg (Murat) la situación del rey mi esposo, la mía y la del pobre príncipe de la Paz.

«Mi hijo Fernando era el jefe de la conjuración; las tropas estaban ganadas por él; él hizo poner una de las luces de su cuarto en una ventana para señal de que comenzaba la explosión.

«El rey y yo llamamos a mi hijo (Fernando) para decirle que su padre sufría grandes dolores, por lo que no podía asomarse a la ventana; que le hiciera el nombre del rey para tranquilizar al pueblo; me respondió con mucha firmeza que no lo haría, porque lo mismo sería asomarse a la ventana, que comenzar el fuego.

«Lo cierto es que mi hijo lo mandaba todo como si fuese ya rey, sin serlo y sin saber si lo sería. Las órdenes que el rey mi esposo daba no eran obedecidas.

«Desde el momento de la renuncia, mi hijo trató a su padre con todo el desprecio que puede tratarlo un rey sin consideración alguna para con sus padres. Al instante hizo llamar a todas las personas complicadas en su causa, que habían sido desleales a su padre, y hecho todo lo que pudiera ocasionarle pesadumbres. El nos da prisa para que salgamos de aquí, señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entretanto nos deja sin consideración alguna.

«En cuanto al príncipe de la Paz... lo han tratado con la mayor inhumanidad.

«Mi hijo ha hecho esta conspiración para destruír al rey su padre: nuestras vidas hubieran estado en grave riesgo, y la del príncipe de la Paz lo está todavía...»

«Nosotros pedimos al gran duque que salve al príncipe de la Paz, y que salvándonos a nosotros, nos lo dejen siempre a nuestro lado para que podamos acabar juntos tranquilamente el resto de nuestros días.»

«La ambición de mi hijo es grande y mira a sus padres como si no lo fuesen. ¿Qué hará para con los demás?»

Como se ve, no cabe más rebajamiento en todos, ni olvido mayor de todo sentimiento honrado.

(Continuará.)

Janja mística, donde los criminales colegiados ejercen de régulos y se imponen a grandes y pequeños.

Ahora veremos si los diputados republicanos tienen coraje para protestar ante el país de la invasión fraileña que amenaza concluir con la poca vergüenza, y los pocos recursos, y lo poco de hombres que todavía nos queda.

Hasta fines se van volviendo los clericales. He aquí un anuncio que leo en La Libertad de Valladolid:

«Todos los señores sacerdotes que el día 22 del actual gusten celebrar el santo sacrificio de la misa en la iglesia parroquial de Santiago apóstol, y aplicarla por el alma del señor

DON JORGE SAENZ CAPELLAN, recibirán la limosna de diez reales y las gracias.»

¿Las gracias? Después de pagársela, se considera ya hasta como favor el que un cura diga misa. ¡Es divino esto!

Creo, sin embargo, que los curas preferirían que les pagasen la misa un poco más, aun cuando suprimiesen del todo la cortesía.

Puede hacer la prueba el que tenga el feo vicio de tratar con ellos, anunciando: «Se pagan misas a tres pesetas sin dar las gracias, y a diez reales dándolas.» ¿A qué ni uno siquiera opta por las segundas?

Nada tiene de extraño lo que vamos a referir, puesto que los absurdos son hoy moneda corriente. Se trata de la vacunación anunciada en las Casas de Socorro para los niños pobres. Antes de hacerla se exige la presentación de la cédula del padre, con el fin de probar la legitimidad, negándose el auxilio de la ciencia al pícaro hijo natural.

Examinese la cuestión como quiera, el autor de tal medida ha debido descansar y quedar perfectamente satisfecho de su obra; de seguro que para el feliz alumbramiento ha necesitado una gestación extraordinariamente laboriosa.

Sería lógico que al hijo natural, por carecer de la ayuda y protección directa que los padres dispensan a los legítimos, legítimos ó adoptivos, se le atendiese en primer término, y se le pusiera, antes que a aquellos, al amparo de la Ley, compensando así en parte la desigualdad de su nacimiento; pero aparte estas consideraciones, dignas de tenerse en cuenta por todo el que piense y raciocine, hay otras de apreciación general, que no han debido de tener cabida en el caletre hueco del que redactó tal orden, acusando una torpeza indisculpable ó una malicia punible.

La vacunación periódica la aconseja la ciencia como medida higiénica, preservativa del contagio: la enfermedad variolosa diezma y causa frecuentemente estragos en los niños, sin embargo de hacerlos extensivos a los mayores. ¿Es qué no hay la misma facilidad de que pueda ser atacado el hijo natural, a quien no se vacunó, por ostentar el estigma de su innoble cuna? ¿Es que en el exclusivamente se ceba y concreta el padecimiento, respetando a los de legal paternidad? ¿Es que el hijo natural atacado no puede influir en el ambiente y propagar la epidemia? ¿Es que por la circunstancia de ser sobre en la mayoría de los casos, se le condena inhumanamente a muerte, creyendo que así se extinguirá la clase?

Si existe el mismo peligro de que el virus lo inocule y desarrolle el hijo legítimo que el natural, el mancebo como el sacerdote, y el fin que la ciencia persigue no es otro que prevenir oportunamente la intensidad del daño, disminuyendo la mortalidad, ¿a qué sentar ni establecer privilegios irritantes, que nada resuelven, ni aun en el orden moral, y que, por el contrario, pudieran ser causa de lamentables desgracias?

Voy convenciéndome de que en España el sentido común se halla en el período agónico, y que la razón ha huido del hombre, avergonzada de ser inútilmente su cualidad característica.

ALFREDO GARRETERO

Leo que un ministro, refiriéndose a las irregularidades eclesiásticas que se denuncian a diario, ha dicho:

«Es grave todo eso, pero no tenemos más remedio que sostener el principio de autoridad.»

Por esta teoría hemos perdido las Colonias. Sigán sosteniéndola, y ya se perderán otras muchas cosas. Estas, en beneficio y honra de España.

Todo acaba, y el jesuita orador concluyó también tras larga hora y media.

Mi amigo y yo nos unimos a la salida a otros pocos, que le eran suyos, de la clase de devotos. Yo sentía un malestar muy grande, y subió de punto cuando pude ver que a aquellas gentes no se les ocurría ni el más ligero comentario de lo que acabábamos de presenciar...

Nada, que lo consideraban todos como la cosa más natural del mundo.

R. B.

No concibo que se deje una creencia religiosa para tomar otra; judío ó cristiano, mahometano ó budista, el hombre

(1) El entierro, puramente civil, de M. A., fué una manifestación imponente; ¡Hagamos entera justicia a la memoria de él!

El que crea que es cuento lo que voy a referir, se equivoca. Historia pura. Recuerdo que asalta mi memoria, produciéndome, por cierto, una sensación muy semejante por lo profunda y dolorosa, a la que sentí cuando presencié el entierro de M. A., las iniciales que he de emplear corresponden exactamente a verdaderos nombres.

Falleció en la ciudad de S. el sabio M. A., y falleció inconsciente; es decir, con el valor y la entereza de ánimo del varón fuerte que ha empleado toda su existencia en estudios serios, investigando filosóficamente la verdad por medios racionales, prescindiendo de todo prejuicio, de toda autoridad, de todo dogma,

de toda rutina... Su vida fué ejemplar; ni una sola mancha, ni una tibia. Su ciencia y su cátedra, su familia y sus libros.

Murió joven; alcanzaba apenas el medio siglo. Conservó hasta el último instante la claridad de su inteligencia poderosa y la energía soberana de su voluntad. De ahí el que fueran inútiles, completamente inútiles é infructuosos todos los esfuerzos, que fueron muchos, que sus allegados y deudos hicieron por obtener de él retractaciones, de esas que en muchos casos se consiguen facilísimamente de cerebros debilitados por la enfermedad, y que tanto se cacarean luego. Intervinieron en aquellos buenos oficios (no habrá que decirlo) frailes y curas; aun me parece que algún obispo, no estoy cierto; pero sí lo estoy de que anduvo en el ajo el jefe del establecimiento docente en que prestara el agonizante sus admirables servicios como maestro, y de quien éste había sido, además de amigo inseparable, algo así como Mentor ó cosa parecida.

M. A., ya se comprenderá, era en la población persona importante y de viso; todas las miradas, la atención de todos estaba, pues, fija en aquel suceso. La conversión de M. A., si se lograba, era magníficamente explotable.

Pero M. A. no se convirtió; murió, ya lo he dicho, inconsciente (1).

Al anoecer del mismo día en que M. A. dejó de existir, cuando su cadáver estaba insepulto, la casualidad, ó alguna circunstancia que no es ahora del caso, me condujo a la iglesia ó más bien capilla de C. Estábamos en tiempo de Cuarema, y un padre jesuita, cuya inicial no conservo fielmente en la memoria (creo que era U), daba allí, en aquel templo, conferencias místicas a los niños de ciertas escuelas. La iglesia estaba a media luz y velados ya los altares. Los bebés (una centena de ellos escasos), ocupaban bancos colocados frente al púlpito. En el resto del local no se encontraban ni siquiera media docena de personas mayores.

El jesuita comenzó a hablar a sus pequeños oyentes en un tono jovial, jovialísimo, con una familiaridad jocosa y humorística que hacía daño, porque se adivinaba sobradamente que no era sincera; era... jesuita. Les decía así, sobre poco más ó menos:

«Vamos a ver, hijitos míos, ¿habéis meditado?... ¡Hola!... Yo creo que sí... (risotadas de los niños). Os lo conozco en esas caritas tan satisfechas que tenéis... (más risotadas). Muy bien, me alegro mucho, porque de ese modo y con la barriguita llena, vendréis dispuestos a oírme con muchísima atención y con muchísimo silencio... A ver, aquel rubito (movimiento en todos los bancos) ¿qué le sucede? Si hay alguna necesidad (nuevas risas), que lo diga, que no se avergüence, y que salga... ¡No?... Bueno...»

«Hoy os preparo, hijitos míos, una sorpresa—dijo luego—Ya veréis, ya veréis... Voy a hablaros de una cosa...»

Y así siguió, por estas trochas, muy melosamente, haciendo chistes a su modo, que los pequeños le celebraban aun sin venir a cuento, hasta que por fin, y para abreviar, llegó la sorpresa que el padre había anunciado.

¿Y qué sorpresa, caros lectores! Todo consistió en hablar del que había sido y estaba aún siendo «acontecimiento del día» en la ciudad; de la muerte del malogrado M. A., del sabio M. A....

Pero ¿qué sorpresa! El que sufrió el empecinado teyolal ¿Quién hubiera conocido al dicharachero y dulzón de aquellos comienzos? La palabra ENERGÜMENO me parece poco para expresar lo que semejaba por su entonación, por sus aptitudes, por sus gestos... ¡Y qué cosas dijo, qué cosas! ¡Qué de maldiciones y de horrores lanzó por aquella boca inmundal!—«El fuego del ciclo debería estar cayendo a aquellas horas sobre la ciudad maldita que cobijaba en su seno el cadáver infecto... El había visto a los demonios apoderarse de aquel espíritu condenado... Las columnas del Templo se habían conmovido... Del Corazón de Jesús había brotado una gota de sangre... (También él la había visto). Las fauces del averno se habían abierto para recibir al pecador... ¡Abominación!...»

Imposible, imposible dar idea exacta de aquello. Baste decir que agotó el mal bicho todo el repertorio, todo, de la frescológica gruesa-campañuda, y que él, él parecía el condenado (según modelo) retorciéndose entre las llamas infernales...

El amigo que me acompañaba (creyente) y yo, no pudimos resistir por más tiempo y salimos a los claustros del edificio a desahogar el asombro que nos producía tal inconveniencia, tanta imbecilidad, ó lo que fuese. Aún por las puertas que comunicaban con la iglesia escuchábamos de vez en cuando... El padre continuaba en igual testitura, ya enronquecido... Atisé a los niños, al infantil concurso... Unos escuchaban con expresión muy marcada de miedo, otros se habían dormido dulcemente... ¡Pobres criaturas! ¡Qué crimen!

Todo acaba, y el jesuita orador concluyó también tras larga hora y media.

Mi amigo y yo nos unimos a la salida a otros pocos, que le eran suyos, de la clase de devotos. Yo sentía un malestar muy grande, y subió de punto cuando pude ver que a aquellas gentes no se les ocurría ni el más ligero comentario de lo que acabábamos de presenciar...

Nada, que lo consideraban todos como la cosa más natural del mundo.

R. B.

No concibo que se deje una creencia religiosa para tomar otra; judío ó cristiano, mahometano ó budista, el hom-

bre debe seguir la religión que le han impuesto, ó separarse de ella para no tener ninguna. Esto es siempre honrado; aquello pocas veces.

La mayoría de los que mudan de religión como de camisa, son unos buscavidas ó buscarruidos que jamás creyeron en ninguna.

Amigo Naksens: No está mal eso de hacer comprender a la restauración que ha criado cuervos, aunque harto lo sabe; pero no ha dado usted a las palabras del arzobispo de Sevilla todo su alcance, más jondo de lo que parece.

Decir el buen Espinola que el estolicismo y su prosperidad no dependen de que se llame Juan ó Pedro, y pertenezca a esta ó a la otra rama de una familia el que reine aquí, no es frase de un solo sentido favorable a don Carlos. Reflexione usted y verá que se trata de algo tan habil como un oráculo de Delfos, interpretable de muchas maneras.

Los alfonsinos pueden ver en ello un desprecio del carlismo; los carlistas a su vez una confirmación de sus ideas contra las repetidas órdenes de León XIII exigiendo adhesiones a lo existente; y los integristas por su parte pueden hacer suyo el dicho, entendiendo que sólo el que acepte los principios de Nocedal es el poder legítimo.

En realidad, éstos andarían más cerca de lo seguro. Ya habrá usted notado con cuánta frecuencia insiste don Ramón en que lo mismo le da la monarquía que la República, la primera que la segunda rama, con tal que acepten su brutal integristismo.

El golpe de báculo va contra los Borbones todos. El clericalismo, siempre ingrato, olvida lo que les debe y que unió un día su causa a la de ellos sustancialmente, porque le convenía. Ahora que se cree el más fuerte, descubre el juego, y dice con franqueza que para él reyes, dinastías y poderes no son más que instrumentos que arroja cuando ya no le sirven para su eterno ideal: dominar a los pueblos y ejercer por sí mismo el poder secular confundido con el religioso. Ya le diré sobre esto, si un día tengo tiempo, algo que tiene bastante miga.

Entre tanto le reitera la más cordial amistad su amigo

FEDERICO

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

ANOMALÍA

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por los antecedentes del Espinola; segundo, porque la ingratitud es virtud clerical; y tercero, porque, seguro de su influencia con lo existente, lo que le importa es estar bien con los carlistas, por si acaso.

En lo que me parece que pierde el tiempo, es en echar flores a la República; porque, ó no viene, ó viene para acabar con muchas cosas, entre ellas (no asustarse, republicanos de poca enjundia) con el Concordato, si no del todo por lo pronto, con lo que tiene de injusto al menos.

Y el que quiera saber más, que lea el artículo siguiente.

Sevilla y Mayo 12.

Efectivamente; he vuelto a leer con cuidado el escrito del arzobispo de Sevilla, y comprendo que está redactado con la habilidad de los que escriben versos para las barajas de amor ó los abanicos con la rueda de la fortuna; si la restauración continúa, dirá que lo publicó en favor suyo; si viene don Carlos, dirá lo propio, y lo mismo si se implantara la República. Nunca lo hubiera creído tan habilidoso.

No obstante, yo continúo creyendo que apunta a don Carlos; primero, por

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores
A El Motin

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo.
LOS REYES CON MORTE, por «El Motin». Con láminas.
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, O LA VERDAD EN EL VATICANO,
DISCURSO DEL OBISPO STROSTREY.
JUAN LA PAPA, por Julio Fernández Mateo.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.
MONTA SECRETA, O INSTRUCCIONES reservadas de los jesuitas.
LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por
Un prebitero.
¿QUÉ ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronun-
ciado por un obrero en el círculo «La paz» de Lieja.
CANTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate
Maury.
POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas
por «El Motin».
LA MEDICINA Y LA IGLESIA, por Laurent.
MÁXIMAS INMORALES de los Jesuitas, sacadas de sus obras.
MÁXIMAS PORNOGRÁFICAS de los Jesuitas, ídem, ídem.
CARTA A EUGENIA, por Etche.
O CATOLISMO O DEMOCRACIA, por F. Laurent.
LAS SESENTA Y SIETE CÉLEBRES PREGUNTAS DE ZAPATA. Diri-
gidas a una junta de doctores, por las cuales fué quemado en
Valdolid en 1931.
CON LA JUSTICIA Y LA INQUISICIÓN... CRITÓN, por don Nico-
lás Díez Pérez.
LA CARIDAD Y LA IGLESIA, por Ch. Potvin («Dom Jacobus».)
LA ESCLAVITUD Y LA IGLESIA, por ídem.
LOS MEJORES SONETOS PIADOSOS, por «El Motin».
CURIAS Y AMAS, por ídem.
GRACIAS DE CURIAS, por ídem.

Un escapulario al cuello, un signo en
la frente, arrodillarse unos minutos,
mojar los dedos en agua, decirle a otro
hombre lo que se hace...

El católico que nada de esto suprima,
ya puede con tranquilidad perfecta co-
meter toda clase de fechorías y hasta de
crímenes. El infierno no prevalecerá
contra él.

Un católico apostólico romano de Castilla de
la Cuesta partió el año anterior la cabeza de
un estacado al santo Cristo de Guiz, porque, habien-
do pedido que salvata de la muerte a su madre
enferma, no accedió a su deseo. Esto es fe, y lo
demás es música.

El Cristo fué trasladado a Sevilla; le arreglaron
el despecto, si no después llevado al pueblo; y
hace pocos días celebraron una función de des-
agravios de doscientos mil demonios, exponiéndole
en la plaza, donde rezaron, sermonearon, grita-
ron y por último bailaron los fieles, viéndose las
laderas y los vallados próximos llenos de personas
y frailes, que lloraban, pateaban y soltaban cada
viva que paría los corazones.

Después, y alborotados de las indulgencias que
les había regalado el arzobispo de Sevilla, hicie-
ron un gasto de vino monumental, y...

Negaré la palabra al que la pida para sostener
que la católica es una religión puramente espiri-
tual.

CORRESPONDENCIA

Barcelona. M. G. Dígale usted que es eso que
huele por ahí a pólvora.
Cuevas de Vera. J. F. Aceptada su proposi-
ción, y gracias.

Al mar agua

A Monseñor Giuseppe Francica Nava di
Bontife, nuncio apostólico en Madrid, le traen
de Roma el solideo rojo y la birreta carde-
nalsca, cosa que me tendría sin ningún cui-
dado si no fuera por lo que *chorrea*.

Es decir; si los trebejos del nuevo carde-
nal vinieran facturados y no en compañía
de dos caballeros cortesanos del Papa, un
noble romano y un *abogado*—papel de Hai-
ti—que nos cobran por eso, que maldito lo
que nos importa:

	Pesetas
El noble.....	15.000
El abogado.....	10.000
Total.....	25.000

Sin contar el banquete, presentes, rega-
los y otros excesos, que ya se pondrá todo
en 25.000 duros.

Lo tengo dicho y no me cansaré de repe-
tirlo; la Iglesia se nos come.

Nadie se explicará satisfactoriamente, que
habiendo de marchar a Roma en seguida el
Nuncio, porque está relevado, no pueda re-
coger allí el dichoso solideo y la histórica
birreta, y que sea preciso que vengán con
esos entremeses esos dos señores, a quienes
hemos de retribuir y agasajar espléndida-
mente.

Un pueblo que ve impasible la pérdida
de sus colonias, que contempla su Ejército
desnudo y anémico, que ve morir de hambre
a los maestros de escuela y que consiente
que gentes extranjeras le saquen sin
piedad con el ridículo pretexto de un soli-
deo y un bonete, es un pueblo muerto, que
jamás resucitará.

LA RELIGIÓN

AL ALCANCE DE TODOS

por

R. H. DE IBARRETA

(Vigésima cuarta edición)

CIENCIA Y RELIGIÓN

por MALVERT

CON 35 GRABADOS EN EL TEXTO

Cada una de estas obras, dos pesetas. Para
los suscriptores de El Motin, una.

MADRID.—IMPRENTA, LIBERTAD, 29.

llamamos republicanos con la misma razón
que pudiéramos llamarnos carcas o faccio-
sos, que no conocemos ni lo que es la de-
mocracia.

Pero ¿qué seguir, si no necesitamos co-
nocer nada, si debiera bastarnos con ver lo
que hoy es España y lo que era antes?

Suben unos, nos roban; suben otros ofre-
ciendo mucho, pero nos siguen robando; y
así vivimos.

Aunque no debemos ni quejarnos, porque
nosotros mismos les damos las cadenas para
que nos amaren, las disciplinas para que nos
azoten.

Esto está claro. Se presentan candidatos
por Madrid dos republicanos, y salen derro-
tados. Si el gobierno les escamoteó los votos,
¿qué hacemos que no nos mostramos firmes
para exigir lo que es nuestro? ¿Qué quere-
mos? ¿Que nos regalen la República, ó que
se vaya la monarquía a discurso limpio?

Unámonos en una misma aspiración, la de
trabajar por el triunfo, y el triunfo vendrá.

PEDRO ANTONIO CASTEJÓN

Arganda 10 Mayo 99.

REMITIDO

Señor director de El Motin.

¡Cuánto mejor sería que nacióramos sin
cabeza, y con eso no habría sombreros,
causa de tantos disgustos!

Por la carta siguiente, copia de la que
mandé el 17 del mes anterior al párroco de
esta villa, comprenderá la razón que me
asiste para razonar así:

«Señor cura párroco de Minas de Riotinto.
Muy señor mío y de mi mayor consideración: Por
no darle una lección de urbanidad y derecho no
contésté al reto que me lanzó usted ayer en la
vía pública.

Creía yo, señor cura, que era usted más pru-
dente y avisado, pero veo que se diferencia usted
poco de los demás de su clase. Precisamente
cuando yo iba a descubrirme (no ante usted, pues
le conceptuó un igual a mí) ante el cadáver, tuvo
usted el acuerdo de decirme con altanería: «¿Qui-
tase el sombrero.»

Dos veces me ha acariciado usted, señor cura;
la primera, instigado por un hombre aguarden-
toso, dirigiéndome frases nada cultas; la segunda...
quizá lo haría usted por estar próximo a la casa
ayuntamiento.

Me consta, señor cura, que es usted un hom-
bre virtuoso en comparación con otros que han
desempeñado el cargo que ejerce usted hoy; mas
ignora usted, al parecer, que la Constitución del
Estado, en su artículo 11, me autoriza para pro-
fesar la religión que más me plazca, y aunque
me lo prohibiera, mi tosca razón me dice: *habeas
corpus*.

Saben hasta los niños que yo he renunciado
a las prácticas y ritos de la Iglesia romana; el
por qué lo dijo Cristo en estas palabras: «*qui
non est mecum, contra me est*». *Stultorum infini-
tus est numerus*; es verdad; pero no es razón para
que pensemos y obremos todos de igual manera.
Siga usted, por lo tanto, su camino, pero deje
expedito el que seguimos los demás, y no olvide
usted, señor cura, que quien siembra vientos, re-
coge tempestades. *Intelligenti pauca*...

Haga usted, señor director, el uso que
tenga por conveniente de esta carta, y
mande a este su atento seguro servidor y
correligionario

BLAS PAJARES GONZÁLEZ

Minas de Riotinto 12 de Mayo de 1899.

En Valladolid se ha armado una de
palos y cuchilladas entre cadetes y estu-
diantes, ayudados éstos por varios obre-
ros, que ha dado pretexto para declarar
la población en estado de sitio; todo por
una señorita que sustituyó al novio mi-
litar por uno civil.

Afortunadamente, y a pesar de haber
resultado muchos heridos y muchos con-
tusos, ya fraternizan estudiantes y ca-
detes y la población ha recobrado su
tranquilidad.

Las autoridades civil y militar maldit-
tisimamente, por no perder la costumbre.
Y colorín colorado.

Catedráticos neos

DON ANDRÉS DEL BUSTO
MARQUÉS DEL IDEM

Es un antiguo profesor de la Facultad de
Medicina; varón de muy buenas partes y
excelentes mañas, lleno de virtudes y dine-
ro, de gracia y de unción evangélica. Perte-
nece en cuerpo y alma a la secta llamada de
las ideas sanas, cuya religión consiste en
hacer todo el bien que se pueda a los de la
caterva, legal ó ilegalmente, y sin cuidarse
de que pueda haber perjuicio de tercero; y
en hacer cruda garra al que no comulgue
en su grupo, sin reparar en los medios, y
acudiendo a toda clase de artimañas.

Los extraordinarios méritos del marqués
le han creado gran número de envidiosos
que le roen los zancajos y tratan de hacer
mella en su prestigio y buen nombre, como
si esto fuera empresa factible. Dicen que
falta a la clase la mayor parte de los días,
como si el del Busto no lo hiciera con la
sana intención de que los alumnos se acos-
tumbren a recibir la ciencia por varios con-
ductos y a comparar unas explicaciones con
otras. Además, tratándose de un hombre
modestísimo, puede creer que el auxiliar ha
de hacerlo mejor que a su amo, faltando a cla-
se con frecuencia.

Hay quien quiere hacer armas contra don
Andrés, diciendo que despacha las clases
en media hora. ¿Y qué? No constituye un
mérito excepcional el realizar en treinta mi-
nutos el trabajo en que otros invierten no-
venta? Pregúntese a los alumnos, que son

los mejores jueces de sus maestros, si pre-
fieren las explicaciones del catedrático ó
del auxiliar, y se verá como optan por el
primero sin asomos de vacilación.

De nadie mejor que del señor Busto pue-
de decirse que ha prestado relevantes ser-
vicios a la medicina; desde que le nombra-
ron director ó jefe de clínicas, sirve todos
los medicamentos que en San Carlos se ne-
cesitan un sobrino carnal suyo; de modo
que el sobrino extiende las facturas y el tío
las examina, y las da por buenas. Nadie ne-
gará que el procedimiento es altamente sano
y moral, y buena prueba del comporta-
miento intachable del tío y del sobrino, es
que, cuantos farmacéuticos y médicos han
tratado de que cese el Busto menor, ó de
que se saque a subasta el suministro se han
estrellado ante la más rotunda negativa.

El marqués no ha querido abandonar las
letras por las ciencias, sino que cultiva am-
bas cosas a la vez, con inusitado provecho.
Como muestra gallarda de sus escasos li-
terarios podríamos citar cualquiera de sus
escritos; nos fijaremos en la última de sus
producciones. Instigado por su amigo Pidal
para que se presentase candidato a senador
por la Universidad Central, redactó un B. L. M. que se sospecha iba enderezado a
pedir el voto a sus compañeros de colegio.
En tan sencillo documento comienza por
declarar paladinamente que es consejero de
Instrucción pública, cosa que trataría de
ocultar a todo trance cualquier candida-
to ladino, y escribe de aqueste modo:

«B. L. M. al director del Claustro Electo-
ral señor don F. de T., y tiene el honor de
manifestarle que, siendo función de dicho
claustro la elección de un senador por la
Universidad Central, se cree en el deber de
cortesía, al intervenir en ella como candida-
to que se presenta para la senaduría, de
anunciárselo con la debida anticipación, ase-
gurándole con la ma. or sinceridad su deseo
de respetar como es justo la libertad de su
voto.»

Me parece que nadie podrá poner en tela
de juicio la corrección, propiedad y sencillez
del párrafo copiado; pues así y todo hubo
doctores que dijeron que no le vota-
ban por no entender lo que quería decir el
papelito.

Afortunadamente estas murmuraciones,
que causarían alguna molestia a un hombre
vulgar, se estrellan ante el recto criterio y
sanas ideas de don Andrés.

Con el siguiente título: *Las quejas del
clero*, ha publicado *El País* un artículo
aplastante contra el obispo de Madrid.

Y, una de dos; ó prueba el obispo que
son infundados los cargos que el clero for-
mula, ó toma las de villadiego; porque un
prelado que se estime no debe permanecer
ni un momento bajo el peso de tan terribles
y terminantes acusaciones, ni consentir
un gobierno sin declararse solidario y cómplice
de la conducta del alto personaje
eclesiástico.

Ya lo sabe el señor Cos, ya lo sabe el go-
bierno: a desmentir los cargos del clero, ó
a dejar vacante el obispado de Madrid.

Aun cuando un poco tarde, voy a ocuparme
de lo ocurrido en la iglesia de las Descalzas en Pam-
plona, un día de la pasada en que predicaba el P.
Constancio, carmelita descalzo.

Después de los vivos de cajón al Papa Rey, dados
desafortunadamente, el Padre dió la nota cómica,
tratando de hacer creer que los masoques lo perse-
guían y que le habían condenado a muerte. ¡Pobre
hombre!

Ignoro si hay masones en Pamplona; mas si los
hubiere giban a ocuparse de frailes insignifican-
tes, si es que se ocupan alguna vez de estas cosas?
Cuando ya tenía al auditorio en punto de car-
melo, una de las mujeres, de la clase de sensibles,
se llevó el pañuelo al rostro, fingiendo enjugar
una lágrima que no había asomado por allí, y el
Constancio preguntó: ¿Verdad que no lo consen-
tiréis? ¡No! respondieron a voz en grito la
beatas.

Entusiasmado entonces, exclamó el carmelita:
—¡Viva Pamplona y su clero! ¡Viva!—¡Viva
la virgen del Carmen!—¡Viva!—¡Viva San José!
—¡Viva!—, arrojándose, como es consiguiente, el
gran escándalo, escándalo que llegó al colmo al
gritar una señora: ¡Viva el Padre Constancio!

Esto dice claramente, que si los sermones de
cuaresma en Navarra no se parecieran en nada al
sermón de la Montaña, fueron propios para lanzar
a la montaña a los carlistas el día que el rey de
las selvas se lo ordene.
¡Y ande el polaviejismo!

Nos regeneramos

Murió hace un año en Valdaracete, pue-
blo de la provincia de Madrid, una mujer
llamada Regina, sin mandar decir una misa
que tenía ofrecida a la virgen de la Paz, de
Mazuecos.

Pocos días ha, encontrándose la domés-
tica de Gumerinda, hermana de la difunta,
arreglando la cama, comenzó a dar gritos
y a llamar a sus amos, para que la ayuda-
sen a ahuyentar a una urraca puesta sobre
la almohada, ya que ella no podía conse-
guirlo.

Los amos nada vieron y la calificaron
de loca; ella insistió; llamaron a varios ve-
cinos, y tampoco vieron nada. En esto la
maritornes exclamó: «Ahora acaba de de-
cirme que se retira, pero que mañana, y en
el mismo sitio, se me aparecerá un angel
y me dirá a qué ha venido ella.»
De los presentes lo tomó a broma;
pero andéuse con bromitas en esto de
las apariciones; al siguiente día, y cual lo
había anunciado el pajarraco negro, se
apareció el angel a la atropellaplato, ma-
nifestándole que venía a decirle que man-
dase decir su ama la misa de marras, para
que su hermana saliera del Purgatorio.

El ama, sin resentirse porque el enviado

celeste no se hubiera dirigido directamente
a ella, mandó decir la misa, y supongo que
a estas horas habrá ya salido de penas la
pobrecita alma de su hermana.

Y el que crea que acabó aquí el pro-
digio realizado entre un pájaro, un angel y
una menegilda, se equivocará.

Durante la misa la criada se encontró
en el dedo un anillo que el angel picarne-
lo! le había quitado cariñosamente el día
de su aparición colocándose en la hebi-
lla del zapato. ¡Un angel calzador! Confieso
que jamás vi ninguno. Verdad es que des-
calzo tampoco. La llegada del anillo parece
que lo observó el cura de Almogara.

Publico estos detalles con el mayor gu-
sto, para apabullar a los que niegan que
España ha comenzado ya a regenerarse.
Hasta los ángeles, tomando por heraldos a
las urracas, vienen a intervenir en nues-
tros asuntos. Pronto, merced a ellos, esta-
remos a diario en comunicación directa
con el cielo, y valiente cosa nos importará
entonces que vengán los extranjeros a
echarnos a puntapiés del poco territorio
que nos queda.

Entretanto, suplico a los albarderos que
no descansen de día ni de noche, por estar
cercaños los tiempos en que cada español
necesitaremos echarnos a cuestras, por lujo
y coquetería, una albarda, ó dos si la con-
ciencia nos dice que una no es bastante
para indicar lo burros que somos.

En Barcelona se ha celebrado un nue-
vo mitin para pedir la revisión del pro-
ceso de Monjuich. Estuvo tan concurren-
do como los anteriores y los gritos de in-
dignación y protesta fueron más acen-
tuados.

Aun cuando no quieran los gobiernan-
tes se verán obligados a ordenar la re-
visión. Háganlo pronto, no sea que ocurra
aquí lo que en Francia con la del pro-
ceso Dreyfus. Con una ventaja en favor
de España: que aquí no habrá más an-
tiseccionistas que los ministeriales.

Niños y Mujeres

CONTRASTE

Como el cuarto tiene tan pocas habita-
ciones, no han podido ocultarles la muerte
de su madre, y casi la han visto amori-
tajar.

Los mayorcitos lloran, y los pequeños se
miran. ¿Qué pasa allí? ¿Qué es aquello? Su
madre está dormida, y en una cama bien
extraña; esto es todo.

El padre tiene la frente sepultada entre
las manos y mira ensimismado a la com-
pañera de su vida, a la madre de sus hijos
que no se alimentan desde hace dos días
y que además están medio desnudos.

La pequeñita, de unos tres años, pide
pan; el que le sigue en edad, de cinco, se
sopla los dedos amoratados.

Pocos muebles, menos ropas... Aun quan-
do no muchos, tenían los suficientes antes
de la enfermedad de la madre; pero ha ha-
bido que empeñarlos ó venderlos para com-
prar medicinas.

Por no tener a quien encargárselo, el je-
fe de la familia sale para el juzgado y la pa-
rruquia, rogando a una vecina que se que-
de al cargo de la muerte y de los niños.

Estos se acercan a su madre y la con-
templán con ojos escudriñadores y espanta-
dos. La mayor, de nueve años, llora des-
consolada, porque comprende, aun cuando
no en toda su extensión, el drama terrible.

Regresa el padre y tras él los encarga-
dos de conducir el cadáver al cementerio.
Cargan con la caja, y desaparecen al com-
pás de sollozos y gritos angustiosos.

Los pequeños interrogan al padre de ese
modo terrible que acostumbra la inocencia,
mientras él piensa en el frío de la muerte
y en el frío del hogar.

¡Y a todo esto sus hijos sin comer, y el
viento entrando por los cristales rotos! ¡Y
la perspectiva del mañana más triste que la
del hoy! ¡Y el calorífico de la esperanza per-
dida superando al frío de la atmósfera!

Aun cuando lo que hacía más dolorosa la
angustia de aquel infeliz, era que el eco
traía a su oído y al de sus hijos el murmu-
llo de los rezos de un convento vecino, en
que se alababa al Dios misericordioso en
que él creía, por sus bondades con la hu-
mana criatura.

Por si habían de pasear nuevamente por el pue-
blo a la Virgen, se insultaron y hasta creyó que
se aporrearían dentro de la iglesia varios vecinos
de Sanejo, armándose el gran escándalo entre los
beatos, y siendo presos Andrés Reyes y Francisco
Pedrosa.

¿Presos por haber manifestado a gritos su fe?
No lo entiendo. Que los pongan inmediatamente
en libertad y después a tirar de un carro, ya que
tanto se pirran por ejercitar sus fuerzas.

SECCIÓN AMENA

LA IMPIEDAD CONDENADA

Cada vez que pienso en todo aquello de
que me he privado por ser impio, me en-
tran ganas de abjurar de mis errores y vol-
ver a los amorosos brazos del catolicismo.

Me malogro tanto ya. Las mujeres, que
me han gustado mucho, dicho sea en ala-
banza mía, no me harían caso ni aun sien-
do beatas, clase la más alegrilla del sexo;
no tengo tampoco esa ambición que exclu-
ye toda idea de honor y decencia para su-
bir; no pienso meter la mano izquierda en
la bolsa agena mientras con la derecha me
santiguo... ¿Qué adelantaría, pues, con ha-
cerme ahora católico?

¡Buen majadero he sido! Hoy que mi vi-
da declina y que apenas me quedaría tiem-
po para arrepentirme, si por ahí me diera,
es cuando reconozco que he vivido sin sa-
ber lo que me pescaba.

La religión no estorba para nada, y en
cambio lo facilita todo. Sirve principalmen-
te para cerrar los oídos a los gritos de la
conciencia. ¿Que se ha faltado a algún pre-
cepto de moral ó de justicia? ¿Que se ha
causado daño a alguien? Al confesonario
derechito. Se llega, se pone la rodilla en
tierra, se dice el pecado, se recibe la ab-
solución, se cumple (ó no se cumple, que
esto es lo mismo) la penitencia, y vuelta
a las andadas. Es hermoso y consolador.

Es además una ganga la religión. Nadie
lo sabe mejor que los que carecemos de
ella y cometemos la torpeza de decirlo. To-
davía, y para que se vea hasta qué punto
soy tolerante, transijo con que no se tenga;
pero ¡por Cristo vivió! que no se entere na-
die. ¡A qué hacer alardes de impiedad ni
de excepticismo? ¡Que bien nos vienen
con esa gracia! Ninguno, y si muchos ma-
les.

El que se burla de las cosas y personas
santas, ó las combate, pasa desde luego por
mal educado; después, no hay vicio que no
se le impute ni delito de que no se le crea
capaz. Lo que en un creyente sería sólo
una leve falta merecedora a lo sumo de cu-
rioso reproche dulcificado por una sonri-
sa indulgente, en un impio resulta crimen
abominable, digno del garrote vil en esta
vida y de la caldera hirviendo en la futura.

Por otra parte, la palabra impio cierra
las puertas del favor, y hasta las de la jus-
ticia. Lanzada sobre cualquiera, lo inutili-
za hasta para sus negocios particulares. Ya
puede ser honrado, leal, noble... La pala-
bra impio caerá sobre todas sus cualidades
como una losa de plomo. Sus méritos serán
deficiencias: sus virtudes, miedo a la guar-
dia civil; su talento, charlatanismo; su
energía, desverguenza; su dignidad, hipo-
cresía.

Por el contrario, el que adquiere la pa-
tente de buen católico, puede tener la se-
guridad de que sus deficiencias serán mé-
ritos; sus vicios, virtudes; su imbecilidad,
talento; su cinismo, entereza, y prudencia
su hipocresía. Si peca, lo disculparán; si
decae, le ayudarán; si cae, lo levantarán;
al revés que al otro, a quien derribarán si
está enhiesto, abatirán si no decae, calum-
niarán si no peca.

Por estas razones, yo os pido, yo os su-
plíco, yo os ruego a vosotros los que empe-
záis la vida, hombres ó mujeres, que no
sigáis mi ejemplo. Creed, si podéis, y si no
aparentadlo. Que jamás salga de vuestra
boca un chiste contra la religión, y menos
una blasfemia; esto último, sobre ser de
mal gusto, escandaliza a los corazones co-
rrompidos, los más intransigentes en ma-
terias religiosas.

Seguid la corriente: nada más fácil, ni
más cómodo, ni más provechoso. Los que
quieren nadar contra ella se ahogan tarde
ó temprano. No os ahogéis.

Como habéis visto, no me cuido de re-
comendaros que seáis honrados, ni dignos;
no. Esto es secundario para alcanzar respec-
to y consideración. Pero por todo lo que
más améis, no seáis impíos; ó si lo sois,
no lo digáis.

Así alcanzaréis la mayor suma de bienes
en la tierra, y disfrutaréis en el cielo de
la bienaventuranza eterna, si es que no re-
sulta una filia lo del cielo.

BIBLIOGRAFÍA

Si gran éxito tuvo y tiene el primer
folleto titulado *El Padre Saiz*, no ha-
ría menor el que acaba de publicar la
Biblioteca de Don Quijote, bajo el título
de *Don Carlos (semblanza novelesca)* en
el que su autor, Miguel Sanja, ha hecho
primeros de estilo, de gracia y de sátira.
Véndese, como el anterior, a 20 cén-
timos en la administración, Palma alta,
32, Madrid.

Me escriben varios amigos de las Minas
del Horcajo, asegurándome que no es cier-
to lo que dije en el número 13, acerca del
trato que la compañía minera (que no es
francesa) daba a los obreros.

Copió la noticia de *El Progreso*, y real-
mente no debería rectificarla antes que mi
compañero lo hiciera; pero como me consta
la veracidad y rectitud de los obreros
que firman la carta que he recibido, me
basta su testimonio para hacer esta rectifi-
cación.

Y con mucho gusto.

Un escándalo

La culta ciudad de Ouevas (Almería),
está siendo víctima del fanatismo y la in-
tolerancia.

Representóse en el teatro Echegaray el
drama *Juan José*, y esto ha dado lugar a
escandalosas escenas por parte del clero
seccular y de los Dominicos, perturbando
las conciencias de personas honradas al
colocarlas en entredicho, negándoles la ab-
solución, y hasta expulsándolas del tem-
plo, porque fueron a oír el drama.

No culpamos a los clericales que han
tomado a España como país conquistado,
sino a los que se preocupan por sus ame-
nazas.

Más les valía a ciertos señores arrojar
una mirada sobre sí mismos, y descubri-
rían algo tan repugnante y asqueroso, como
inoc